

RADICALMENTE



Hace falta una cruzada de verticalidades

I.2

HEROICAMENTE

“America, it is said, is suffering from intolerance — it is not. It is suffering from tolerance. Tolerance of right and wrong, truth and error, virtue and evil, Christ and chaos. Our country is not nearly so overrun with the bigoted as it is overrun with the broadminded.”

—Fulton J. Sheen

Cuando digo radicalmente, significo heroicamente, santamente. Alguien dijo que estas crisis mundiales eran crisis de santos... ¡Y de héroes, que son la misma y formidable estampa! No hay diferencias. La santidad de altares demanda un solo requisito: vivir las virtudes heroicamente; los milagros son como adornos, preciosos abalorios que añaden fastuosidad al traje. Y estamos todos *convocados*, ¡por vocación!, ¡sin excepción!, a esa misma radicalidad, a intentarla; con nuestra mendicidad, flaquezas y miserias, a ponerle garra.

Mira en derredor... no hay hombres, no hay próceres, no hay caballeros, no existe ristre en la armadura porque no

hay lanzas. La tristeza consiste solamente en que ha desaparecido el de la triste figura, y con él la locura del coraje. Hay que torcer las hidalguías porque en cada esquina hay un cotarro rudo, vulgar, vociferante. La nobleza no obliga, sino denigra.

El Dios de antes, aquél que conocimos, de las barbas muy blancas, adusto ceño, era bondad, era hermosura, era limpieza, justicia, sabiduría, esplendor, era altitud, paz, omnipotencia, creación, iera tanto para nosotros tantos! Era un gran Padre, recto sí era, que exigía tiernamente, y siempre firmemente: Y por amor, porque creciera, me castigaba, y yo se lo agradecía: lo comprendía...; luego me estampaba un beso, y yo exultaba de alegría. Y me abrazaba, y le abrazaba. Así era el Dios del cielo, así el mío de la tierra. Se me han ido los dos, y me rebelo, no me resigno, porque me siento doblemente huérfano, desharrapado. Hurgo en la tierra por mi padre muerto. Hurgo en el cielo, arañeo, grito, porque éste que me muestran es nada más misericordia, misericordia, misericordia; que siendo excelsa, sola y a pulso me empalaga. Ya no tengo que ser obligadamente bueno porque mis dos padres eran buenos --sin otra consideración de mayor peso--, ni honrado porque ellos lo eran, ni tengo que empinarme porque eran altos; ya no tengo que comportarme porque no hay exigencias, ni regaños; ya no tengo que ser justiciero como mis padres eran y requerían con ojos duros y blandos. Ya no hay duelos, ni agravios al honor porque a la honradez y a la hombría nos las han desguazado. Ya la mujer no es eximia, no es inigualable e inigualada; no más la dulce enemiga del Toboso, la dulcinea de la Mancha; ahora exige ser como yo soy, de iguales burdas maneras, a la misma

enana altura de mis narices tan groseras. Así no era mi madre, ni tampoco mi abuela, ni era mi novia. Mi madre era hogar, ángel, refugio, era la mismísima Virgen aquí en la tierra. Ahora --y vio el hombre que todo era bueno, de nueva creación y suya--, todo es diferente: hogar sin lar, sin brasas; ya no enorme, con primos y tías, pucheros ni cazuelas. La iglesia tampoco es gigantesca, no está repleta, ni tiene torres con ángeles y santos incrustados que se alzan por encima de cúmulos y nimbos, y alcanzan las estrellas. Así al menos me parecía que eran aquéllas, con relojes y campanas y cumbres portentosas. Ahora son chatas, y están vacías, y el sonido es de lata. Ya no me reta nadie, no hay desafíos, no hay una moral que aprieta y engrandece. Ahora se tolera. Ahora un marica es un pobre errado, y yo un homofóbico degenerado.

El matrimonio no es sagrado, no para siempre. Y el concubinato tiene un nombre elegante: ya no es la concubina, es la fiancée. Y el vínculo se hace y deshace..., si alguna vez se hace. Se anuda y desanuda cada día con más tranquilidad, con menos sobresaltos, sin complicadas exacciones. ¿Recuerdas aquellos tribunales eclesiásticos de 3, 5 y más jueces, concienzudos, graves, preocupados? ¿Anular? ¿Por qué no un tribunal sencillo, apurado, al que le dan 45 días para desbaratar? --no sé por qué la prisa--; que los que no, pues que comulguen, que tampoco al Cristo hay que respetarlo. ¡Qué largas colas de comuniones! Se necesitan treinta y tres ministros, amén del tumulto de los que recogen sobres (en mi iglesia, de niño, lo hacía solito el hermano Ambrosio). Qué corta fila - una hora a la semana sobra-- en los confesonarios.

Dios es Verdad. No somos misericordiosos si engañosamente decimos al otro que está bien, que le aceptamos, a él y a su circunstancia, su circunstancia interna, su circunstancia externa, las que él se ha labrado; ambas torcidas, ambas curvadas. Dios ama y odia. Dios ama al pecador. Dios odia al pecado. ¿Por qué no decirlo estupendamente? Dios no le acepta como es, si él no es; amarle sí le ama. *Ve... y no peque más.* No somos misericordiosos si no hablamos de enderezar lo retorcido, si no exigimos conversión, si no enseñamos a amar limpiamente, como Dios ama. No somos misericordiosos si con mentiras ocultamos que por esa senda, ancha y mundana, se va al despeñadero. Satán, y un grupo de mencheviques encumbrados –son pocos, pero están bien situados-- proclaman que está bien, todo muy bien, que sufre el infeliz y ha sufrido, sin importar por qué, y ello le redime, sin nada más que hacer ni que rectificar; pero que al mismo tiempo no está bien, que el sufrir es perverso, que basta ya.

Cristo no pudo. No pudo descolgar a Judas de la cuerda, no le pudo atajar. No pudo hacer milagros en su pueblo natal. No pudo el pobre Cristo detener el ensangrentado sudor de su chorrear al conocer la inutilidad, para muchos, de su entrega total. Te engañas y le engañas si algún día llegaras a decirte, llegaras a decirle, que no puedes juzgar. Juzgar sí puedes, es el mandato: atar y desatar; y eso sólo lo puede un tribunal. ¡Dile que vaya, dile que corra, que tras el arrepentimiento, tras exprimirse la conciencia, allí sí hay misericordia! Ése es el sitio, el modo, el lugar. Es que eres misericordioso, sacerdote de Dios, isólo lo eres!, cuando alzando el brazo, ante el arrepentido, ante el que busca enmienda, y repara, ante el que sale fuera y llora

amargamente, pronuncias el ¡Yo, te absuelvo!, con el Yo de ese Cristo que entonces sí, con las vestiduras blanqueadas en sangre redentora, lo aceptará. Un amor viejo, y una nueva aceptación a un tiempo. Habrá música, y anillo, y un ternero bien engordado, para la fiesta de las fiestas.

Enséñalo a ser santo, enséñalo a ser héroe, enséñalo a ser hombre, radicalmente. Enséñanos a serlo.

- "Os digo, que si estos callan, gritarán las piedras".

"... right and wrong, truth and error, virtue and evil, Christ and chaos... bigoted... overrun with the broadminded." No, mi querido Fulton Sheen, no es sólo América...

Jorge J. Arrastia.

Nota: Expreso, obviamente, mi criterio muy personal acerca de los acontecimientos y personas sobre las que escribo. Jorge.